

Los medios de comunicación y la cultura popular

La cultura nace del pueblo y es del pueblo; lo demás son formas bastardas de la cultura y por lo mismo aberraciones que tergiversan el espíritu nacional. Ahora bien, la cultura que en remotos tiempos se difundía, por ejemplo, en el atrio de las iglesias e incluso desde sus mismas fachadas con admirables esculturas de piedra (cultura preconcebida y manipulada); la que hizo suya el Estado para a través de fundaciones mil (Mazarino es un caso específico y notable) lanzarla como flecha sobre el blanco del pueblo; la que en suma concibieron grupos privilegiados y castas anónimas, hoy se ha democratizado al extremo de que sufre una impresionante hipertrofia. Lo dicho basta para que se admita la imperiosa necesidad de "administrar" la cultura.

El secretario de Educación Pública, don Fernando Solana, dijo el día 27 del mes en curso, durante la sesión inaugural de la Conferencia General del Consejo Internacional de Museos, que el Gobierno de la República debe actuar para que los llamados medios de comunicación masiva orienten sus mensajes y contenidos hacia la elevación cultural de los mexicanos;



añadiendo entre otras cosas que la concepción de nuestra política cultural nace de nuestra identidad nacional por hallarse la cultura mexicana indisolublemente unida a nuestra soberanía política. En efecto, superada con la Revolución Mexicana la etapa histórica del porfirismo, la Constitución del 17 supo delinear, en su Artículo 3o. los rasgos del proceso educativo mexicano, al grado de que en la misma entraña de la Constitución alienta el propósito firme de luchar contra la desigual capacidad del mexicano para tener acceso a la cultura. Son muchas las causas sociales, como señaló Solana, que impulsan aquella desigualdad. De allí que el Estado, que busca la conservación y preservación del patrimonio cultural de México sostenga que los medios de comunicación son inseparables de la cultura popular; o, mejor dicho, deben serlo.

Un ejemplo muy sencillo, vislumbrado por el Secretario de Educación, es el siguiente. La lengua nacional sufre el embate, con persistencia cotidiana, de intereses comerciales y políticos que la alteran. Se creera posiblemente, y de manera equivocada a mi juicio, que el asunto pertenece al mundo de la gramática y de la lexicografía. No es verdad. Es un tema que revierte sobre la política. El hombre piensa según habla. Lo que decimos mo-

delos nuestros ideales; y lo que decimos, especialmente en ciertas capas de la población, es el resultado de aquello que difunden los medios de comunicación. ¿Cómo podría el Gobierno emanado de la Revolución, fiel a los principios del artículo 3o. Constitucional, alejarse de su responsabilidad de guardián, guía y rector de los intereses educativos de México? Una de nuestras más grandes riquezas, con profundas raíces en la misma conciencia política, es la cultura popular. Preservarla es defender la identidad tanto política como cultural de México. Y los que buscan hundir sus garras en nuestra alma, alterando la estructura de nuestra soberanía, atacan la cultura del pueblo porque allí anida la voz legítima de la patria. Allí está lo que somos. No se puede permitir, por lo tanto, que intereses mezquinos nos lleven hacia otras zonas de la cultura universal; lo que sería válido en un viaje placentero del espíritu, identificando semejanzas y profundizando en lo desconocido. Sucede, sin embargo, que es inadmisiblesible dejar nuestras raíces de identidad, cambiarlas por otras.

Es una batalla que hay que librar a favor de la cultura del pueblo; lo que significa que es una lucha, íntegramente, por y para el pueblo.

30/4/80